

Daniel Duigou

LOS SIGNOS DE JESÚS
EN EL EVANGELIO DE JUAN

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2009

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
I.- LLEGAR A SER AUTÓNOMO O <i>LAS BODAS DE CANÁ</i>	17
Primera lectura	19
Segunda lectura.	32
II.- “SER PADRE” O <i>LA CURACIÓN DEL HIJO</i>	
<i>DEL FUNCIONARIO REAL</i>	37
Primera lectura	38
Segunda lectura.	44
III.- DESEAR VIVIR O <i>LA CURACIÓN DE UN PARALÍTICO</i>	51
Primera lectura	53
Segunda lectura.	61
IV.- COMPARTIR O <i>LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES</i>	67
Primera lectura	69
Segunda lectura.	74

V.-	EL “YO” O <i>LA MARCHA SOBRE LAS AGUAS</i>	81
	Primera lectura	83
	Segunda lectura	91
VI.-	NACER O <i>LA CURACIÓN DEL CIEGO DE NACIMIENTO</i>	97
	Primera lectura	100
	Segunda lectura	105
VII.-	LA LEY DEL PADRE O <i>LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO</i>	111
	Primera lectura	114
	Segunda lectura	120
VIII.-	DARSE O <i>EL LAVATORIO DE LOS PIES</i>	125
	Lectura	127
	REFLEXIONES A MODO DE CONCLUSIÓN	137

INTRODUCCIÓN

No hay ninguna lectura neutra: cada persona lee los textos a través del prisma de su cultura, de su experiencia, de sus preguntas y de su imaginación. En cierto modo, discretamente, al recorrer el texto, lo re-escribimos mentalmente. Pero ¡qué suerte cuando tenemos después la posibilidad de comparar nuestra lectura personal con la de los otros! Primero sentimos cierta extrañeza, tenemos la impresión de que no hemos leído lo mismo. Luego, nos sorprende descubrir un sentido que se nos había escapado la primera vez. Entonces el texto se abre a nuestra curiosidad. En el fondo, un gran texto se reconoce precisamente por esta cualidad, a saber: que es, en cada lectura, siempre nuevo. La Biblia, el libro más leído en el mundo junto con la obra de Shakespeare, es el ejemplo por excelencia.

Como periodista, y actualmente jefe de redacción en *France 5*, he dado siempre la prioridad a los hechos, tratando de comprenderlos desde la preocupación por la objetividad, evitando en particular aplicar un discurso prefabricado sobre la realidad tal y como se revela. Psicólogo-psicoanalista, colaborador en dos servicios del hospital

Paul Brousse –enfermedades infecciosas y cuidados paliativos– donde la cuestión de la vida y de la muerte está en el centro de las preocupaciones existenciales tanto de los pacientes como de los cuidadores, escucho el sufrimiento de los hombres y las mujeres, y los ayudo a liberarse de su deseo de vivir de las mentiras, de las trampas y de los falsos pretextos que fabrica su imaginación sin que ellos lo sepan. Como sacerdote, finalmente, anuncio a un Dios que sólo puede situarse en la vida y no fuera de ella, en la actualidad del mundo que está siendo creado y no por encima de él, bajo pena de no tener ni interés ni, sobre todo, sentido para el hombre de hoy. Al escribir este libro sobre los milagros de Jesús, no propongo más que *una* lectura: la que he hecho a través de mi propio prisma. Mi lectura ilustra mi experiencia de la vida y mi forma de comprender y de vivir el mundo, me implica con mis dudas y mis hipótesis sobre el sentido de la vida, con mi fe y mi búsqueda de Dios.

Más que un trabajo que tiene como primer objetivo, dentro de una cierta racionalidad, la inteligencia de las cosas y la problemática de lo real, esta lectura de los milagros que propongo tiene valor como testimonio del hombre que yo soy, un hombre de fe. ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿Cómo podría librarme del “yo” cuando hablo de Dios, cuando utilizo el verbo “creer” para decir lo que es para mí lo esencial de la vida y del hombre?

En todo caso, está claro que este trabajo sobre los milagros no es ni el de un teólogo ni el de un exegeta. En particular, mi propósito no es el de explicar todo lo que son los milagros. Ni tampoco la historia de la redacción de sus relatos y sus interpretaciones. Es éste un tema muy complejo que ha provocado lo que se ha dado en

llamar “la crisis de la modernidad”, con debates extremadamente agitados en la Iglesia a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, y sanciones por parte de la autoridad. Mi propósito no es ése, sino el de un hombre que trata de comprender y expresar su fe dentro de la modernidad de su tiempo, y en el marco de la libertad de una mirada diferente que tiene en cuenta la aportación de las ciencias humanas. Como han hecho otros antes que yo, con otras sensibilidades, ante algo que siempre será un misterio que re-descubrir. Mi propósito es también, indirectamente, una invitación a realizar otras lecturas, todas ellas singulares, para la actualización de acontecimientos que se produjeron ayer pero que pretenden “hablarnos” hoy, en un contexto radicalmente diferente, a nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI. Al menos esto es lo que yo espero.

* * *

Estos relatos de milagros maravillosos, extraordinarios, mágicos, como el agua convertida en vino con ocasión de una boda, o la curación de un ciego de nacimiento, se dirigen sólo –podría creerse hoy– a los niños. En la era en la que se impone la realidad, estas historias se desvanecen por sí solas en las mentes de los pequeños, sin crisis; son relegadas al ámbito de las quimeras como los juguetes en el desván de los abuelos. Ya no interesan. En nuestro mundo, dominado por lo científico, donde sólo la razón parece ser digna de fe, algunos hasta piensan que los relatos de milagros son hoy un obstáculo para el “acto de fe”.

Pero sucede todo lo contrario... El hombre actual, llegado a la edad adulta y metido de lleno en las responsabilidades de la vida moderna, se sorprende por varias razones cuando los relee.

La primera es su extraordinaria frescura. Son textos muy hermosos, llenos de poesía gracias al ritmo —estaban destinados a ser leídos en público para la enseñanza— y a la elección de las palabras a la vez sencillas y extraordinariamente expresivas.

La segunda es su profundidad. Estos relatos de hace dos mil años, de otra civilización, de otra mentalidad, nos conmueven sin que sepamos de inmediato por qué. Asombrosamente, parece que hablan del ser que somos, en lo que hay de esencial, de universal y de permanente en la cuestión del “vivir”.

¿Y si su ingenuidad sólo fuera aparente?

Y si, más allá del estilo propio de aquella época, ¿tuvieran algo que enseñarnos sobre el hombre de hoy y, yo añadiría, sobre Dios, si Dios existe?

En todo caso, esto es lo que deseo mostrar a través de mi lectura personal de estos milagros que nos sumergen en el corazón mismo del drama humano y que son, en primer lugar y ante todo, en el sentido propio, *acontecimientos*: ponen en escena la irrupción de lo inesperado en la rutina repetitiva de la vida.

* * *

Era necesario hacer una elección entre todas las versiones de milagros transmitidos por los cuatro evangelistas: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Yo he preferido leer los relatos de estos acontecimientos en el texto de Juan, es decir, los siete signos que habitualmente se llaman: las bodas de Caná, la curación del hijo del funcionario real, la curación de un parálítico, la marcha sobre las aguas, la multiplicación de los panes, la curación del ciego de nacimiento y la

resurrección de Lázaro. ¿Por qué Juan? Primero, era más coherente tomar los relatos de un solo autor (o de una sola tradición) por razón de la unidad en cuanto al estilo y el pensamiento. El Evangelio de Juan fue el último Evangelio escrito (finales del siglo I, principios del siglo II); fue redactado en varias etapas, por diferentes escritores, pero a partir de las mismas fuentes y dentro de la misma problemática teológica. Además, este Evangelio tiene la ventaja de que recurre del modo más explícito al simbolismo como representación de una realidad espiritual y, por consiguiente, invita en mayor medida a *la interpretación* de lo que es ya una interpretación.

Era necesario hacer otra elección: la del método. La cuestión era la siguiente: ¿cómo evitar la confusión entre la comprensión de un acontecimiento que compromete a los hombres en un momento dado de su existencia –tal y como nos lo posibilita hoy el conocimiento del hombre y en particular de su funcionamiento psicológico– y la interpretación teológica, donde se trata de leer en una mirada de fe la presencia de Dios, y de este modo llamarla milagro? Para cada relato propongo distinguir dos lecturas.

En la primera, que podemos llamar existencial, me pregunto qué está en juego desde un estricto punto de vista de la realidad humana, si es que puede hacerse a partir de la descripción del acontecimiento tal como se nos narra. Lo importante será identificar el tipo de relaciones que existen entre los personajes, el lugar que ocupan unos frente a otros al comienzo del relato, y ver lo que cambia cuando el acontecimiento se produce. En cada ocasión asistiremos a una conmoción, a algo así como el “nacimiento” de una persona, un segundo nacimiento, por así decir: alguien llega a ser él mismo, toma las

riendas de su destino, se convierte en autor de su propia vida. Los filósofos dirían: “Un sujeto que se hace”.

La segunda lectura será teológica: se tratará de preguntarse por la relación que puede existir entre el acontecimiento descrito y la cuestión de “Dios”. Mi propuesta será la siguiente: cuando se dirige a un individuo “averiado” –aunque aparente y definitivamente no haya solución para él en su existencia, en su relación con los otros y consigo mismo–, Jesús le permite “ponerse en pie, volver a ponerse en marcha” y realizar su vida en su deseo de ser. ¿Acaso no se puede calificar esto como “milagro” en el sentido pleno del término? En el marco de la gran tradición bíblica, ¿acaso no revela de este modo Jesús a “Dios”, aquel que libera al hombre de una historia sin esperanza, aquel que hace “posible lo imposible” para que llegue a ser finalmente él mismo, aquel que le permite vivir su libertad y cumplirla? ¿Y acaso no es esto una historia “verdadera” de amor o de amor “verdadero”?

I
LLEGAR A SER AUTÓNOMO
O LAS BODAS DE CANÁ

Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos.

Y no tenían vino, porque se había acabado el vino de la boda. Le dice a Jesús su madre: "No tienen vino". Jesús le responde: "¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora". Dice su madre a los sirvientes: "Haced lo que él os diga".

Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una. Les dice Jesús: "Llenad las tinajas de agua". Y las llenaron hasta arriba. "Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al maestresala". Ellos lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llama el maestresala al novio y le dice: "Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora".

Tal comienzo de los signos hizo Jesús, en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos.

Después bajó a Cafarnaún con su madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no se quedaron allí muchos días.

*(Jn 2,1-12)**

* *N. del T.:* Los textos bíblicos se toman de la *Nueva Biblia de Jerusalén. Revisada y aumentada*, Desclée De Brouwer, Bilbao 1998.